



## **II Jornadas de Investigación en Humanidades**

**30, 31 de agosto y 1 de septiembre 2007**

**Universidad Nacional del Sur  
Departamento de Humanidades  
Bahía Blanca, Argentina**

### **Auspiciantes:**

**Fundación Ezequiel  
Martínez Estrada**

**Cátedra Libre de  
Derechos Humanos del  
Departamento de  
Humanidades de la  
Universidad Nacional  
del Sur**

***La fidelidad de mis palabras. Ocultamiento, tergiversación y rehabilitación de la obra de Santiago Avendaño.***

Juan F. Jiménez y Sebastián L. Alioto

*Centro de Documentación Patagónica, UNS - UNS / CONICET*

*jjimenez@criba.edu.ar; seba.alioto@gmail.com.*

1. Santiago Avendaño nació en 1834 al sur de la provincia de Santa Fe. La parte extraordinaria de su vida comenzó en 1842, cuando los ranqueles, en un ataque a su localidad, lo llevaron cautivo; siete años permaneció entre los indígenas a una edad en que el idioma y las formas de actuar se aprenden rápidamente y sin dificultad. Escapado luego hacia San Luis, Santiago volvió a los rancheríos criollos y comenzó una larga carrera vinculada al mundo de la frontera, como intérprete en los asuntos oficiales que el gobierno trataba con los indios (**Salomón Tarquini 2006**).

En el marco de esa actividad, estuvo tres meses en los toldos de Calfucura negociando la paz y fue testigo privilegiado de la forma en que el jefe de Salinas Grandes manejaba los asuntos políticos. Avendaño, entonces, conoció de primera mano y sin necesidad de intérpretes o lenguaraces a los dos principales grupos nativos de las pampas en el siglo XIX.

La destreza en el manejo de la lengua y la experiencia en el trato prolongado con indígenas sumadas a un cierto orgullo por sus habilidades como escritor determinaron que se ofendiese cuando Álvaro Barros quiso reducirlo a la simple condición de un lenguaraz y reaccionara exhibiendo sus méritos:

*“[El caballero Barros] me trata de lenguaraz, palabra que jamás habría esperado de este Señor por ser lenguaje de gente vulgar; pues no soy tal – Señor Redactor – porque lenguaraz se llama aquel que chapalea el dialecto, y yo no estoy en este caso; pues no sólo lo hablo con regularidad, sino que escribo con cierta precisión, y me creo bien competente para tratar lo más difícil. Los tres diplomas que tengo me honran mucho: uno del 52, donde el Gobierno me declara intérprete de la Provincia, y el otro del 56, donde soy reconocido como intérprete del Estado de Buenos Aires en el Ejército de la frontera Sud. El venerable General Escalada, también en otro diploma, me declara su honrado e inteligente interprete ¿Cómo es, pues que ahora resulto digno de ese epíteto de*

*lenguaraz?.*” (Santiago Avendaño, *Contestación al Coronel Barros*. En: Duran 2006: 263).

2. En la década de 1850, Avendaño comenzó a redactar una obra de largo aliento: se proponía no solamente relatar lo que había vivido personalmente entre los indios, sino también describir de manera fidedigna sus costumbres más relevantes, y referir los acontecimientos de los que tuvo noticia a través de testigos directos de los procesos históricos, que le transmitieron su saber acerca de ellos.

La obra resultante, excepcional en su idea y en su elaboración por las razones que veremos, quedó inconclusa, y su autor nunca llegó a cumplir en su totalidad el plan que se había trazado. Aún así, la información que nos brinda la constituye sin dudas en el trabajo más importante sobre los ranqueles y los salineros de la pampa centro-oriental en el siglo XIX.

La importancia y originalidad del trabajo de Avendaño consiste en que existieron muy pocas personas que supieran tanto de los indios y tuvieran a la vez la posibilidad o el interés de ponerlo por escrito. Generalmente, ocurría que quienes escribían no sabían demasiado, y los que sabían no escribían (ver Richter 1992: 5). Avendaño, a la manera de los primeros historiadores de la antigüedad clásica o de los tempranos cronistas de Indias, fue a la vez protagonista de la historia como proceso (*res gestæ*) y de la historia como relato de lo sucedido (*rerum gestarum*); como ellos, solamente atestigua lo que vio por sus propios ojos, y transmite lo que le refirieron otros testigos directos de los hechos, dignos de fe.<sup>1</sup>

Una obra de semejantes características y valores, podría suponerse, debería haber sido publicada rápidamente y aprovechada por todos los estudiosos interesados en el tema. Sin embargo, no fue eso lo que sucedió. El trabajo de Avendaño se ha enfrentado históricamente - para utilizar palabras de Trouillot (1995)- con al menos dos instancias de silenciamiento. El estudio del pasado encuentra siempre diversos momentos de silencio impuesto: en las circunstancias de elaboración de las fuentes, en su conservación o su pérdida, y en su uso para la producción de una obra historiográfica, hay una serie de cosas que se dicen y por contrapartida otras que se callan, según las relaciones de poder que estén en juego. En el caso de la obra de Avendaño se sucedieron, a partir de la época de su escritura y hasta la actualidad, distintas vicisitudes que contribuyeron a silenciarla y mantenerla oculta.

En vida, el autor sólo llegó a publicar fragmentos de sus escritos en la *Revista de Buenos Aires* (Avendaño 1867, 1868). Poco después de su muerte, Estanislao Zeballos, interesado en los asuntos indígenas de la región pampeana, tuvo el manuscrito en su poder. Cómo llegó a sus manos es asunto discutible. En *Callvucurá y la dinastía de los Piedra*, significativamente

dedicada al general Roca, Zeballos da una versión del ascenso de Calfucura al poder en Salinas Grandes que está copiada casi literalmente de los papeles de Santiago Avendaño. Zeballos argumenta que el capítulo es “*de una rigurosa exactitud histórica*”, porque tomó los datos de

*“un curiosísimo manuscrito de 150 hojas de oficio que en 1879 encontré en el Desierto, entre los médanos, cercanos a la posición que hoy ocupa el pueblo de General Acha. El manuscrito, como numerosas cartas que formaban parte del Archivo del Cacicazgo de Salinas Grandes, que fue escondido entre los médanos por los indios en la fuga desesperada que le impusieron las fuerzas del Coronel Levalle, existe en mi biblioteca y lo pongo a disposición de los eruditos.” (Zeballos 1961a [1884]: 29)*

Zeballos consultó la obra extensamente para la elaboración de este y otros textos científicos y literarios,<sup>2</sup> pero ocultó en todo momento la identidad de su autor, que seguramente conocía. La propia manera en que relata su acceso al manuscrito es sospechosa e inverosímil. Durán (2006: 264) afirma convincentemente que “*bajo ningún aspecto*” los papeles pudieron estar en el archivo de Namuncura – cacique de Salinas Grandes en épocas de las campañas de 1879 -, dada la animosidad que los salineros le tuvieron a Avendaño por ser secretario de Cipriano Catriel, y sobre todo porque el buen estado de conservación de los mismos contrasta con el deterioro de la correspondencia hallada entre los médanos pampeanos.<sup>3</sup>

Después de la muerte de Zeballos, la obra permaneció en su Archivo personal, que hoy se encuentra incluido en el *Complejo Museográfico Enrique Udaondo* de Luján (provincia de Buenos Aires). Poco utilizada y menos citada, durmió el sueño de los justos hasta hace muy pocos años.

En la década de 1990, el Padre Meinrado Hux encaró la edición del manuscrito en dos volúmenes (Hux 1999, Avendaño 2000), pero lamentablemente lo hizo alterando su literalidad y modificando el estilo, el orden y el contenido originales. Algunas de esas modificaciones comportan una verdadera amenaza a la correcta interpretación del escrito, y obliteran la posibilidad de una investigación más profunda en base a un testimonio tan valioso.

El título impuesto es de por sí engañoso, igual que la separación en dos volúmenes de la obra, que no podría justificarse de ningún modo que no se refiera a una dudosa conveniencia editorial. Como el mismo Hux parece reconocer en el Prólogo, aunque luego no actúe en consecuencia, las “Memorias” no son tales, sino que se trata de otro género.

“Lo curioso de estas memorias es que Santiago Avendaño no se propuso presentarnos su autobiografía, sino sus averiguaciones y, en parte, sus experiencias entre los indios; de manera que **resultan ser una especie de «Historia del país de los araucanos en la Pampa»**” (Hux 1999: 7, énfasis añadido).

Ya en el texto, el reemplazo o el agregado de palabras por parte del editor, sin ninguna advertencia, tiende a confundir al lector. Citaremos un solo ejemplo clave entre muchos otros. Hux titula el primer capítulo de *Usos y costumbres de los indios de la pampa* (Avendaño 2000) de esta manera: *Creencias básicas de los indios de la pampa y el Nguillatun*. Ahora bien, consultado el texto original de Avendaño, resulta que ese título no solamente no figura allí y fue, por lo tanto, agregado por Hux, sino que es incorrecto, ya que el autor no hace referencia a la ceremonia del *Nguillatun* sino a la del *Wetripantu*, la fiesta del ciclo nuevo mapuche sobre la cual existen descripciones en Araucanía:

“Aunque el NGUILLATUN es un rito que se despliega en un tiempo predominantemente cíclico, recursivo (cada cuatro años en algunas zonas, cada año, en otras), puede efectuarse ocasionalmente en circunstancias especiales: desgracias naturales, sueños, etc. Hay, sin embargo, un día sagrado y festivo para los mapuches, el que es celebrado todos los 24 de junio: nos referimos al WETRIPANTU. Este ha sido escasamente estudiado por los antropólogos [...] La expresión WETRIPANTU es traducida por Augusta como «Año Nuevo, el tiempo en que vuelven a crecer los días hasta el día mis largo; año nuevo político»” (Föerster 1993: 100-101).

La fecha de realización (al comienzo del solsticio de invierno), la invitación por parte del *lonko* a muchas personas, la preparación de comida y bebida, el sacrificio de una oveja, las diferencias entre la ubicación de la gente común y los dirigentes, el intercambio de información, el consumo de gran cantidad de alimentos y bebida y el baile, son elementos enumerados por Avendaño que coinciden con la descripción del *Wetripantu* brindada por el antropólogo Mischa Titiev en Araucanía (1951: 123-124).

Este es únicamente un caso brindado a título de ejemplo, pero la frecuente reiteración de los defectos de edición reduce sensiblemente la posibilidad de manejarla de una manera adecuada, ya que hacerlo comportaría un continuo y agobiante cotejo con la versión inédita para asegurarse de la preservación del sentido original.

**3.** Con el propósito de publicar una nueva edición acompañada de un estudio introductorio que cubra sus aspectos significativos y repare las comentadas falencias, se ha comenzado por

transcribir el manuscrito original completo, tarea que implica de por sí una cantidad de interesantes problemas de orden conceptual, metodológico y técnico.

¿Cuál es la actitud que debiera adoptar el editor ante la obra? ¿Cómo debería presentarla ante sus lectores, que no tendrán acceso al manuscrito? Nuestro criterio ha sido ofrecer al lector una edición que reproduzca literalmente el original del autor. Esa estrategia permitirá que cada estudioso tome de allí lo que le sea útil, confiando en que ni el sentido de las palabras ni la organización de la obra han sido modificados por los editores. En otras latitudes, a diferencia de nuestro país, existe una larga tradición en la edición literal y anotada de fuentes de notoria relevancia histórica. Cuando el trabajo es realizado con seriedad, esas ediciones son citadas muchas décadas después de su publicación, ahorrando a mucha gente los costos de revisar los originales y preservándolos además del desgaste ocasionado por la consulta permanente. La obra en sí, como testimonio y como fuente, no envejece, a diferencia de las modificaciones o comentarios agregados que rápidamente quedarán superados por los avances del conocimiento.

Nuestro criterio de literalidad es estricto; incluye, desde luego, la conservación de la ortografía y la sintaxis originales. También las palabras que el autor escribió y luego tachó, para reemplazarlas por otras. Es posible que la elección de los vocablos o expresiones preferidos por el autor para expresar sus ideas, en desmedro de otros que fueron descartados, sea significativa y constituya un elemento importante para completar la idea de qué es lo que quiso decir.

Incluye, además, las distintas paginaciones que pueden verse en los papeles: una que el mismo autor hizo de algunos capítulos; otra, anotada con lápiz y que ordena correlativamente todas las páginas aunque con ciertas omisiones, presumiblemente agregada por el personal del Archivo Zeballos. Luego, se añadirá una tercera paginación que establecimos al incorporar páginas que habían sido excluidas de la anterior.

En una obra de esta naturaleza, que puede resultar intrincada por las características del tema, las explicaciones de los editores son valiosas. Se impone, entonces, la conveniencia de una edición anotada, que permita al lector, a medida que avanza, adentrarse en el sentido de frases oscuras y ampliar el contexto histórico del que se habla en el texto. Esta tarea de edición ahorra trabajo, al facilitar la lectura y la interpretación, sin introducir alteraciones injustificadas que luego no podrían salvarse sin recurrir fatigosamente al manuscrito para la comparación.

Los buenos editores deben evitar a toda costa traicionar al autor. El ocultamiento de Zeballos, la tergiversación de Hux, son gestos reveladores, entre otras cosas, de una conducta soberbia

que linda con la falta de respeto por el testimoniante y el contenido histórico y etnográfico de sus aportes. Salvando las distancias necesarias, nadie se habría atrevido a corregir, “modernizar” u ocultar los escritos de Bartolomé Mitre o Vicente F. López, que podrían considerarse, por analogía y proximidad cronológica, equivalentes a los de Avendaño. Sin embargo, en este caso, siendo marginal el autor para los sectores dominantes y siéndolo asimismo los temas de su interés, pudo ser impunemente silenciado, mantenido en secreto y tergiversado precisamente por quienes dijeron estar en condiciones de asumir la responsabilidad de darlo a conocer.

### **Bibliografía citada.**

Avendaño, Santiago. 1867. “La fuga de un cautivo de los indios. Narrada por él mismo”. *Revista de Buenos Aires*, XIV: 414-430.

Avendaño, Santiago. 1868. “Muerte del cacique Painé. Ceremonias en la Pampa – Entierro del cacique – Sacrificios humanos – Su sucesor (inédito) por Dn. Santiago Avendaño”. *Revista de Buenos Aires*, XV: 76-82.

Avendaño, Santiago. 2000. *Usos y costumbres de los indios de la Pampa. Segunda parte de las Memorias del ex cautivo Santiago Avendaño*. Recopilación del P. Meinrado Hux. Buenos Aires, El Elefante Blanco.

Durán, Juan Guillermo. 2006. *Namuncurá y Zeballos. El archivo del Cacicazgo de Salinas Grandes (1870-1880)*. Buenos Aires, Bouquet Editores.

Föerster, Rolf. 1993. *Introducción a la religiosidad Mapuche*. Santiago de Chile, Editorial Universitaria.

Hux, Meinrado. 1999. *Memorias del ex cautivo Santiago Avendaño (1834-1874)*. Buenos Aires, El Elefante Blanco.

Richter, Daniel K. 1992. *The Ordeal of the Long-house. The Peoples of the Iroquois League in the Era of European Colonization*. Chapell Hill, University of North Carolina Press.

Ricœur, Paul. 2004. *La memoria, la historia, el olvido*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Salomón Tarquini, Celia Claudia. 2006. “Santiago Avendaño. El niño que hablaba con el papel”. En: Raúl J. Mandrini (ed.), *Vivir entre dos mundos. Las fronteras del sur de la Argentina. Siglos XVIII y XIX*. Buenos Aires, Taurus (Nueva Dimensión Argentina): 119-136.

Titiev, Mischa. 1951. *Araucanian Culture in Transition*. Michigan, Michigan University Press.

Trouillot, Michel-Rolph. 1995. *Silencing the Past. Power and the Production of History*. Boston, Beacon Press.

Zeballos, Estanislao. 1961a [1884]. “Callvucurá y la dinastía de los Piedra”. En: Estanislao Zeballos, *Callvucurá, Painé, Relmu*. Estudio Preliminar de Roberto F. Giusti. Buenos Aires, Hachette: 25-185.

Zeballos, Estanislao. 1961b [1889]. “Painé y la dinastía de los Zorros”. En: Estanislao Zeballos, *Callvucurá, Painé, Relmu*. Estudio Preliminar de Roberto F. Giusti. Buenos Aires, Hachette: 187-336.

---

<sup>1</sup> Esto hace más compleja la obra, ya que no solamente es un testimonio que pueda usarse como fuente para el estudio historiográfico, sino que constituye ella misma una narración histórica en la cual el autor sopesó testimonios ajenos para construir un relato con pretensión veritativa.

<sup>2</sup> Entre ellos *Painé y la Dinastía de los Zorros* (Zeballos 1961b [1889]).

<sup>3</sup> Tampoco Hux cree en la versión de Zeballos, ver su prólogo en **Hux 1999**. La actitud de Zeballos es profundamente contradictoria, puesto que mientras preserva los escritos, en tanto huellas del pasado, de la destrucción mediante su incorporación a un archivo, al mismo tiempo oculta y se apropia del discurso de Avendaño y lo relega a otro tipo de olvido – bien que no definitivo - por omisión (sobre las nociones de archivo y de olvido, ver **Ricœur 2004**).